



En la escuela del divino servicio

La Iglesia es el aula Dei, la escuela de Dios, donde el Señor enseña, corrige, consuela y guía a su pueblo. No es un mero edificio de piedra, sino el lugar donde se forma el corazón creyente, donde aprendemos a vivir como hijos, como discípulos, como hermanos. Aquí, en esta asamblea santa, semanalmente, Dios nos instruye con su Palabra y nos alimenta con su Cuerpo, para que podamos afrontar las batallas de cada día.

Adquiriendo una mentalidad cristiana

Domingo tras domingo, si somos perseverantes, iremos adquiriendo una mentalidad creyente que humanizará nuestro tiempo. Esta transformación no es superficial: adquirir una cultura cristiana es dejar que la Palabra de Dios nos eduque en la sabiduría del Evangelio, nos purifique de criterios mundanos —guiados por el egoísmo— y nos conforme cada vez más con el corazón de Cristo. Esto hace que la vida del bautizado sea, como afirmará san Agustín, “combate entre el hombre viejo y el hombre nuevo” en el que la oración ocupa un lugar fundamental.

La oración perseverante

El pasaje del Éxodo que hoy escuchamos nos sitúa en una escena de combate. Israel lucha contra Amalec, y Moisés, desde lo alto del monte, intercede

con los brazos elevados. Cuando sus brazos se cansan, Aarón y Hur los sostienen y, así, el pueblo vence. Esta imagen es profundamente eclesial: la oración perseverante, la comunión fraterna, la intercesión, todo ello sostenido por la gracia de Dios que. Como pedíamos en la oración colecta del domingo anterior, a de precedernos y acompañarnos.

San Gregorio Magno, comentando la figura de Moisés, afirma: “*El que preside debe elevar sus manos en oración por el pueblo, y si se cansa, que otros lo sostengan con su caridad*” (Moralia in Iob, XXIV). La Iglesia no triunfa por la fuerza, sino por la oración humilde y constante. En ella, cada uno tiene su lugar: unos combaten, otros interceden, todos colaboran en la victoria que Dios concede.



La oración fuerza del cristiano

San Agustín nos recuerda que “*la plegaria es la fuerza del cristiano, el escudo del alma, el arma del combate*” (Sermo 56). Moisés no lucha con una espada, sino con los brazos alzados: figura de Cristo en la cruz, que vence no destruyendo, sino entregándose. Así también nosotros, cuando oramos unidos, sostenidos por la fe de los otros, participamos en la obra de salvación.

El estribillo del salmo responsorial —“*Nuestro auxilio es el nombre del Señor*”— no es solo un canto, es una confesión de fe. No confiamos en nuestras fuerzas, sino en el poder de Aquel que guía a su pueblo desde lo alto. Como dice san Juan Crisóstomo: “*La oración hecha en común tiene una fuerza que no puede ser vencida; cuando el pueblo clama unido, el cielo se abre*” (Hom. in Acta Apostolorum).

Nadie lucha solo



Hoy, al contemplar a Moisés sostenido por Aarón y Hur, pensemos en nuestros pastores, en los que oran por nosotros, en los que necesitan que sostenemos sus brazos cansados. La Iglesia es ese lugar donde nadie lucha solo, donde la victoria se alcanza en comunión, donde la oración es el alma del combate cristiano contra las fuerzas del mal.

Cuando Jesús pregunta si encontrará fe en la tierra, no se refiere a una fe genérica, sino la del que ora, espera, no se rinde. Es la fe de la viuda, la de Moisés con los brazos en alto, la de la Iglesia que intercede por el mundo.

La Eucaristía es el lugar donde esa fe se alimenta e intercede. En la celebración, aprendemos a orar con Cristo, a perseverar como Asamblea Santa, a sostenernos unos a otros en la batalla espiritual. Que el Señor, al venir, encuentre en nosotros esa fe que ora, espera y ama.



Sal 120, 1-2. 3-4. 5-6. 7-8



**Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
No permitirá que resbale tu pie,
tu guardián no duerme;
no duerme ni reposa**

el guardián de Israel.

**El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha;
de día el sol no te hará daño,
ni la luna de noche.**

**El Señor te guarda de todo mal,
el guarda tu alma;
el Señor guarda tus entradas y salidas,
ahora y por siempre.**

El Salmo 120 (121 en la numeración hebrea) es un canto de confianza, nacido en el corazón del peregrino que se dirige hacia Jerusalén. En él resuena la certeza de que Dios es guardián fiel, protector constante, compañero de camino.

Los cánticos graduales

Forma parte de los Cánticos Graduales (שִׁיר הַמַּעֲלוֹת/Shir Hamaalot), que los israelitas cantaban al ascender hacia el Templo de Jerusalén, especial-

mente durante las grandes fiestas (cf. Dt 16,16). El camino era arduo, lleno de peligros: piedras, ladrones, sol abrasador, noches al raso. Por eso, el salmista alza los ojos a los montes, no buscando ayuda en los ídolos que se adoraban en las alturas, sino en el Señor que hizo el cielo y la tierra.

La vida cristiana: una peregrinación confiada

Esta plegaria es una invitación a vivir la fe como camino, como peregrinación confiada. En cada jornada, en cada lucha, en cada noche, el Señor vela por nosotros. La oración que brota de la fe nos sostiene, nos orienta, nos transforma.

Un cristiano, al alzar sus ojos hacia el cielo - hacia los montes en el lenguaje bíblico- no busca soluciones humanas, sino el auxilio que viene del Señor. La oración ha de ser perseverante, confiada, comunitaria. Y, como Iglesia peregrina, hemos de saber custodiar los pasos de los otros, sostener sus brazos cansados, y caminar juntos hacia la Jerusalén celestial, recordando que caminar hacia lo sagrado implica despojarse de lo superfluo, abrirse a lo inesperado, y dejar que el corazón se convierta. Como afirma el Papa Francisco: *"Ser peregrino es tener una meta clara y al mismo tiempo concentrarse en el presente"*.



Catedral de Oviedo



En las fuentes de agua viva

Sancta Ovetensis

XXIX domingo C



**Nuestro auxilio es el
Nombre del Señor**